

LA CONDENA A MUERTE DEL DIBUJANTE ENRIQUE MARTÍNEZ ECHEVARRÍA

Juan A. Ríos Carratalá

Ja.rios@ua.es

El 8 de abril de 1959, *ABC* publicó la necrológica del dibujante y caricaturista Enrique Martínez Echevarría, *Echea*, que había nacido en Madrid allá por el año 1884. La condición de antiguo colaborador en el propio periódico da paso a los previsibles elogios, que se suman a la larga lista de publicaciones donde el madrileño había trabajado desde los inicios del siglo XX. La información de la anónima necrológica es puntual, extensa y correcta, pero falta un dato esencial de su biografía. Echea permaneció en el Madrid de la Guerra Civil hasta el final del conflicto y fue condenado a muerte en 1939 por un tribunal militar. Tras la conmutación de la condena en dos ocasiones, finalmente el castigo por ser «un liberal» quedó en veinte años de reclusión. Justo cuando murió dejó de estar en libertad condicional con el consiguiente silencio, pues la continuidad laboral en un periódico como *ABC* dependía de una absoluta discreción al respecto.

El Juzgado Militar de Prensa a veces iniciaba la instrucción de un caso a resultas de las órdenes cursadas por el auditor del Ejército de Ocupación, que comunicaba al juez la localización del detenido y el número del correspondiente sumario y, en otras ocasiones, el juez tomaba la iniciativa de instruir para pedir la detención del periodista y proceder entonces a completar la instrucción tras comunicarla al auditor. La lista de viejas amistades de Manuel Martínez Gargallo en el mundo de las letras y el periodismo ayudaba a saber quiénes estaban ya localizados y quiénes, tras disimular a la espera de un improbable olvido, debían pasar por un trámite judicial de imprevisibles consecuencias. La base para actuar en los casos donde la iniciativa correspondía al juez era el fichero elaborado a partir de la incautación de los libros de actas y otros documentos de las asociaciones gremiales de periodistas.

El secretario del juzgado era el responsable de ese fichero, donde también figuraban las denuncias anónimas que daban cuenta de las actividades de los periodistas durante «la dominación roja». El alférez del Cuerpo Jurídico, como en otras ocasiones, el 6 de junio de 1939 da fe y testimonio de lo anotado en relación con un futuro encausado: Enrique Martínez Echevarría. El colaborador de *La Voz* e ilustrador de algunos de los relatos humorísticos publicados por el propio juez, tal y como expliqué en *Nos vemos en Chicote* (2015: 131), tenía su currículum en un fichero de cuya existencia nada me consta tras la culminación de las etapas de represión y depuración. Una lástima, pues nunca sabremos quiénes eran las personas de «probada solvencia moral» que denunciaban y si lo denunciado se correspondía exactamente con los extractos elaborados por el secretario.

Según esta fuente jamás contrastada, Enrique Martínez Echevarría «durante todo el curso de la guerra, y muy especialmente durante la primera mitad de la misma, realizó en las columnas de [*La Voz*] una campaña de tipo feroz contra el

Movimiento Nacional, los principios que lo encarnaban, sus figuras más destacadas y el clero, llegando con gran frecuencia a pintar a las fuerzas nacionales como hordas de salvajes, cuya aviación dirigida y controlada por los alemanes no tiene más objetivos que el asesinato de niños».

La valoración de la trayectoria del caricaturista ya anuncia la posibilidad de una condena a muerte, pero la misma se vislumbra con más nitidez a continuación: «Esta campaña [de prensa] no contribuyó sino a excitar aún más en la retaguardia roja el terror contra las personas de significación derechista que se hallaban en ella, por cuanto no hay que olvidar que se realizaba en uno de los rotativos de más difusión e importancia de España».

La afirmación del testimonio revela un hipotético conocimiento de la situación de la prensa republicana en el Madrid sitiado, pero los datos aportados por los historiadores convierten la valoración de *La Voz* en una frase temeraria que agravó la actuación del encausado. Ese probable conocimiento se evidencia mejor en la valoración con que termina el informe: «Dicha labor, como la de los demás caricaturistas de periódicos, va cediendo en violencia conforme se acerca el final de la guerra, en que el señor Martínez Echevarría, temeroso de lo que pueda ocurrir, amaina en su actitud típicamente antifascista y dedica la mayor parte de sus caricaturas a los socorridos e inocuos temas de las colas, la carestía de la vida o el Comité de No Intervención».

Los socorridos e inocuos temas fueron objeto de condenas, que en 1939 se extendieron hasta los críticos taurinos y los redactores deportivos que colaboraron en la prensa republicana. El secretario del juzgado no solo extraxta las fuentes ignotas y anónimas, sino que también realiza una interpretación acerca de los motivos que habrían causado una evolución en la temática recreada y en la actitud del dibujante. En cualquier caso, el testimonio debió resultar convincente para el juez, que dos días después expide un oficio al comisario jefe o a quien corresponda «al objeto de que se proceda a la detención e ingreso en cualquiera de las cárceles de esta ciudad a disposición de este Juzgado del [sic] ENRIQUE MARTÍNEZ ECHEVARRÍA, caricaturista que fue del diario *La Voz*».

La localización del amigo debió ser sencilla, pues Echea creería a esas alturas de la primavera de 1939 que no le tocaría declarar y, como casado de cincuenta y cuatro años, permanecía a la espera en su domicilio de la calle Doctor Esquerdo, 51, donde probablemente estuvo el propio juez cuando ambos colaboraban en las revistas de humor. El 19 de junio el caricaturista ya se encontraba encarcelado en el establecimiento de Duque de Sexto, una de las veintiuna cárceles provisionales de Madrid. En esta ocasión se había habilitado un antiguo convento de los frailes franciscanos.

Una vez detenido el dibujante y con el testimonio elaborado por el secretario como único cargo, el 25 de junio de 1939 el juez decide el procesamiento de Echea y se lo comunica al auditor del Ejército de Ocupación. A diferencia de lo sucedido con el caso de Javier Bueno, mucho más urgente por la relevancia del

encausado, los responsables del Juzgado Militar de Prensa dejan pasar unos días y solo el 6 de julio toman declaración al procesado y detenido.

Echea reconoce ante el juez y el secretario la afiliación a la Agrupación Profesional de Periodistas, afecta a la UGT, desde junio de 1936. El sumario incluye el carnet con las cuotas pagadas. La evidencia documental le deja sin salida, pero pronto comienza a desgranar su estrategia defensiva afirmando que «no es hombre de convicciones extremistas, aunque simplemente liberal». Como prueba de ese liberalismo, Echea presenta una carta firmada en 1934 por el conde de Santibáñez del Río y marqués de Quintanar, cuando el dibujante intentó integrarse en la plantilla del periódico *Ya*. El madrileño no consiguió colaborar con el diario católico, a pesar de las buenas palabras del aristócrata en una carta incluida en el sumario. Echea en mayo de 1935 ingresó en *La Voz*, donde cobraba ochocientas pesetas mensuales que con el inicio de la guerra quedaron rebajadas a ciento noventa. La cuestión crematística va a ser fundamental en su defensa y de ahí la precisión de las cantidades, que deberían ser tenidas en cuenta por los historiadores del periodismo de la época.

El dibujante reconoce ser el autor de las caricaturas publicadas en *La Voz*. El sumario cuenta con una amplia antología gracias a la diligencia del secretario, pero Echea alega haber sido forzado por la dirección del periódico, en concreto por José Luis Salado, para «hacer una campaña feroz contra el Movimiento». Por entonces, el citado periodista ya estaba camino de Moscú y el juez no pudo contrastar la veracidad de la afirmación, por otra parte, bastante socorrida en estas ocasiones. Los exiliados o ejecutados solían ser unos chivos expiatorios. De hecho, en los trabajos que dediqué a José Luis Salado me encontré que le endosaron múltiples responsabilidades, la mayoría de ellas un tanto inverosímiles a la luz de los textos y los documentos consultados.

El director de *La Voz* no solo forzó al caricaturista, sino que también le censuró cuando Echea dibujó chistes en «desprestigio para la causa roja». Uno de ellos lo aporta al sumario, pero el recorte ha desaparecido del mismo. Preguntado por el juez acerca de si era consciente de haber contribuido a la ejecución de crímenes por parte de «los rojos», Echea afirma no haber tenido «ni remota idea de colaborar en semejantes hechos, por repugnar a su conciencia». Tampoco cree el dibujante haber contribuido a la resistencia contra las fuerzas del general Franco por la escasa tirada de *La Voz*, un periódico vespertino que no estaba vinculado a un partido concreto. El dato es cierto, aunque la orientación de la cabecera es claramente de izquierdas.

Echea tendría una información incompleta de la situación represiva y comete un grave error al reconocer ante el juez haber publicado caricaturas pornográficas y políticas en *La Traca* -«el periódico más soez de la zona roja»-, aunque alega en su descargo que solo lo hizo por dinero cuando peligraba su continuidad en *La Voz*. Apenas «se niveló algo su situación económica», el dibujante dejó de colaborar con la revista valenciana que tantos odios concitó entre los vencedores. La participación en *La Traca* fue fundamental para su condena a muerte y en el sumario aparecen varios recortes de las colaboraciones del

dibujante. El supuesto carácter pornográfico queda en un segundo plano frente al político.

Finalmente, Echea reconoce que fue miembro del comité de vecinos de su casa por tener «carnet sindical». La circunstancia le convertiría en una especie de referente vecinal, pero el caricaturista niega haber dado informes sobre «personas de derechas», entre otras razones porque nunca se los pidieron. Y, para avalar su comportamiento, dado que en estos procesos los encausados debían probar la inocencia, da los nombres y los domicilios de tres vecinos de Madrid.

El 8 de julio de 1939, el juez ordena citar a dichos vecinos y probables amigos de Echea. Solo acudieron dos de los tres citados, pero le avalaron como persona de «buenos sentimientos» durante la dominación roja. El industrial Pedro Araluce López incluso testimonia que el dibujante solo trabajaba en *La Voz* porque necesitaba un sueldo para mantener la familia y «le expresó en multitud de ocasiones su repugnancia por los crímenes rojos», hasta el punto de manifestarle «sus simpatías por el Movimiento Nacional». El testimonio fue obviado en el auto resumen y en la sentencia, como era habitual con cualquier prueba de descargo.

Dado que los informes acerca del comportamiento de Echea solicitados al Servicio Nacional de Seguridad y a Falange Española Tradicionalista no llegaban, probablemente por la acumulación del trabajo pendiente, el 25 de julio de 1939 el juez decide concluir la instrucción del sumario y procede a dictar el correspondiente auto resumen ratificando el procesamiento de Enrique Martínez Echevarría

Por considerar que éste, persona de ideas contrarias al Movimiento Nacional, inició nada más estallar dicho Movimiento y durante todo él una campaña feroz en contra de los ideales que lo encarnaban, injuriando no solo a todo lo que más tenía de sagrado [sino presentando también] a las tropas nacionales como hordas que no tenían más misión que la de asesinar niños, alentando en todo tiempo a la resistencia y causando con todo ello un alto estrago dada la gran importancia y enorme difusión del periódico en que la llevaba a efecto; llegando incluso a publicar caricaturas que, aun habiendo visto la luz como la que se une al folio 48 en plena época de terror rojo, pueden ser consideradas como verdaderas incitaciones al crimen y exterminio de las personas de ideas derechistas.

La redacción del juez es manifiestamente mejorable, pero el sentido del auto resumen resulta unívoco. La citada caricatura del folio 48 no se puede identificar con seguridad en el sumario, como cualquier otra posible prueba, pero es indudable que el auto resumen de Manuel Martínez Gargallo conducía de manera inevitable a una condena a muerte para su antiguo colaborador. La Fiscalía del Ejército de Ocupación, sin añadir nada a una acusación con numerosas frases repetidas en otros autos resumen, el 31 de julio de 1939 pide la pena de muerte para Echea por el socorrido delito de adhesión a la rebelión

militar, probablemente en su calidad de dibujante capaz de incitar «al crimen y exterminio de las personas de ideas derechistas».

Los plazos eran cortos en los sumarísimos de urgencia. La vista previa tuvo lugar el 2 de agosto de 1939 y la sesión plenaria del consejo de guerra se celebró dos días después. El oficial defensor del dibujante expuso que «no pudiéndose presumir la adhesión espiritual del procesado a la causa roja», solo debía admitirse el caso como el de «un mero auxiliador de la rebelión». Las faltas de ortografía y las frases agramaticales del defensor las he obviado por ser tan inútiles como sus palabras. El procesado manifestó por su parte que «obró coaccionado por el comité del periódico, ya que nunca pensó que su trabajo tuviese la importancia que hacía resaltar el representante del Ministerio Fiscal». Echea ignoraba que la obediencia debida no suponía un atenuante o un eximente en estos sumarísimos de urgencia y, por otra parte, varias de sus caricaturas más significativas cuestionan la posibilidad de una censura mediante la interpolación de textos. Los dibujos ni siquiera tienen pie de página.

El tribunal del Consejo Permanente n.º 10, presidido por el oficial Roberto Latorre, con los vocales Eusebio Rodríguez, Francisco Infante y Alfredo Velasco, siendo el teniente Juan Esteve Vera el ponente, no añade nada nuevo en los resultandos y en los considerandos, como era habitual en los sumarísimos de urgencia. Los militares fallan condenando a muerte al dibujante por el consabido delito de adhesión a la rebelión, «con los agravantes de peligrosidad y trascendencia de los hechos». Bastó la información vertida en el testimonio no contrastado del secretario, la declaración indagatoria y una selección de sus dibujos para condenarle a muerte. El concepto de la rebelión en el Código de Justicia Militar se estiró hasta el infinitivo, de forma tan imaginativa como torticera, para incluir a un dibujante.

Echea debió contar con avalistas en la sombra y se libró del fusilamiento tras ver su pena conmutada por la de inferior grado, gracias a la decisión del Generalísimo comunicada al auditor de guerra el 4 de noviembre de 1939. Las gestiones de los protectores siguieron haciendo su función y, casi cuatro años después, el 26 de marzo de 1943 vio conmutada su pena a solo veinte años, lo que le permitiría salir en libertad provisional poco después, concretamente el 19 de septiembre del mismo año, cuando se trasladó a la residencia familiar en la calle Antonio Toledano, n.º 22. El caso quedó archivado el 14 de abril de 1947, pero la condena se extinguió el 18 de junio de 1959, según queda reflejado en un documento del sumario. Enrique Martínez Echevarría no tuvo tiempo de llegar a esa fecha mágica. Murió dos meses antes estando, como de costumbre, en libertad provisional y sin poder decirlo en voz alta. Ni siquiera se atrevió a plasmar en un dibujo el pánico sufrido durante sus últimos veinte años, después de presentarse como «un liberal» ante un antiguo colaborador capaz de tildar con el anatema del marxista a cualquiera que no fuera un entusiasta defensor del Glorioso Movimiento Nacional.

La documentación del sumario 33.586 se encuentra depositada en el Archivo General e Histórico de Defensa y lo arriba extractado parte de la copia que me

fue facilitada por el mismo. A la espera de poder completar la información con nuevas consultas en diferentes archivos, pongo los documentos recopilados a disposición de los interesados con el objetivo de corregir posibles errores.

Alicante, a 21 de julio de 2021